

hermosos ojos no hallando de quien fiarse, porque le parecía que era afrenta que una mujer como ella anduviese¹⁵⁷ en tan civiles cosas. Con estos pensamientos no hacía sino llorar; y hablando consigo misma decía, asidas sus manos una con otra:

—¡Desdichada de ti, Laura, y cómo fueras más venturosa si como le costó tu nacimiento la vida a tu madre, fuera también la tuya sacrificio de la muerte! ¡Oh amor, enemigo de las gentes, y qué de males han venido por ti al mundo, y más a las mujeres, que como en todo somos las más perdidas y las más fáciles de engañar, parece que sólo contra ellas tienes el poder, o por mejor decir, el enojo! No sé para qué el Cielo me crio hermosa, noble y rica, si todo había de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza y Fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O, ya que lo soy, ¿para qué me guarda la vida, pues tenerla un desdichado más es agravio que ventura? ¿A quién contaré mis penas que me las remedie? ¿Quién oirá mis quejas que se enternezca? Y ¿quién verá mis lágrimas que me las enjague? Nadie por cierto, pues mi padre y hermanos por no oírlos me han desamparado, y hasta el Cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no dármele.¹⁵⁸ ¡Ay don Diego, y quién pensara [tal]? Mas sí debiera pensar si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder a los mismos demonios, y hacen ellos lo que los ministros de maldades dejan de hacer. ¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un día, y más si se ven queridos? ¡Mal haya la mujer que en ellos cree, pues al cabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo! ¿Quién es la necia que desea casarse, viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? ¿Cómo es mi ánimo tan poco, mi valor tan afeminado y mi cobardía tanta, que no quito la vida, no sólo a la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? Mas ¡ay, que tengo amor, y en lo uno temo perderle y en lo otro enojarle! **¿Por qué, vanos legisladores del mundo, atáis nuestras manos** para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negáis letras y armas? El alma ¿no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo, ¿quién obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo aseguro que si entendierais que también había en nosotras valor y fortaleza no os burlaríais como os burláis; y así, por terneros sujetas desde que nacemos vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas y por libros almohadillas. Mas ¡triste de mí! ¿De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que ahora importa es pensar cómo daré a esta mujer lo que pide.

Diciendo esto, se ponía a pensar qué haría, y luego volvía de nuevo a sus quejas. Quien oyere las que está dando Laura, dirá que la fuerza de Amor está en su punto, mas aún faltaba otro extremo mayor; y fue que viendo cerrar la noche, y viendo ser la más oscura y tenebrosa que en todo aquel invierno había hecho, posponiendo a su pretensión su opinión, sin mirar a lo que se ponía y lo que aventuraba si don Diego venía y la hallaba fuera, diciendo a sus criadas que si venía le dijese que estaba en casa [de] alguna de las muchas señoras que había en Nápoles, poniéndose un manto de una dellas, con una pequeña linternilla se puso en la calle y fue a buscar lo que ella pensaba había de ser su remedio.

157.– Orig.: 'anduvise'

158.– Orig.: 'darme'

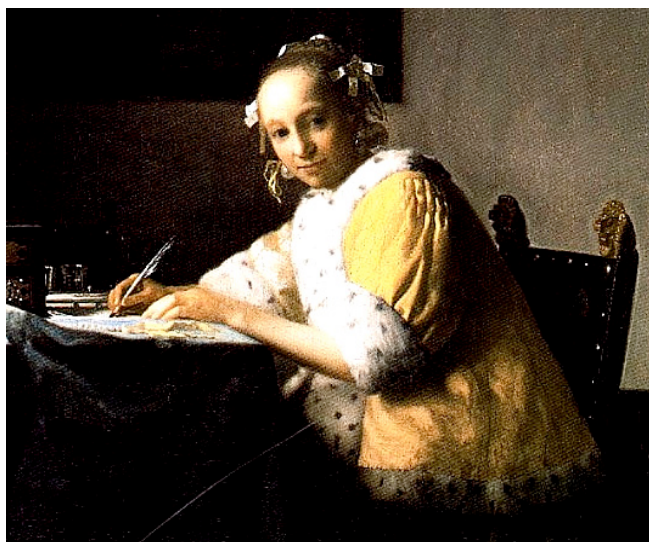


Lemir 16 (2012) - Textos:: 353-572

ISSN: 1579-735X

MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

NOVELAS AMOROSAS Y EJEMPLARES



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO